

Luz Jiménez

# MEMORIA DE MILPA ALTA

Traducción del náhuatl, por Fernando Horcasitas

Dibujos de Alberto Beltrán

## Advertencia

Se ha escrito mucho sobre la historia de México entre 1900 y 1920 —obras que analizan aspectos históricos, económicos, políticos y sociales. Sin embargo es de advertirse que nunca se ha publicado un relato autobiográfico en lengua nativa de un indígena que haya vivido en esa época. Nuestra ambición es que este ensayo sea seguido por otros provenientes de otras culturas además de la náhuatl. ¿Cómo afectó la revolución al pueblo otomí, escondido entre los nopales y mezquites del desierto del Mezquital? ¿Qué pensó el indio maya durante el sacudimiento social y político de la península después de 1910? ¿Qué supo el tarahumara de Madero, de Villa y de Pershing? Los yaquis que vinieron con el movimiento carrancista, ¿qué tendrían que contar sobre el sur de la República? Todas estas preguntas no quedarán contestadas de manera satisfactoria hasta que tengamos relatos tomados directamente del informante indígena.

Se puede decir que este ensayo es un llamado a los lingüistas e historiadores mexicanos. Si dejamos pasar unos cuantos años más, los datos que buscamos habrán desaparecido para siempre. El hombre que tenía veinte años en 1910 hoy día tiene setenta y siete. Si no nos apresuramos, nunca llegaremos a conocer las distintas reacciones de los grupos indígenas en cuanto a los eventos de la primera veintena de este siglo.

Milpa Alta, el antiguo Momochco Malacatépec, es un pueblo situado en la zona más meridional del Distrito Federal, apenas a unos treinta kilómetros del Zócalo, plaza principal de la capital mexicana. Su posición geográfica y cultural es curiosa. Al norte se encuentra la ciudad de México, una de las grandes metrópolis del mundo, modernísima, con reflejos de París, Madrid y Nueva York. De México hacia el sur hay un cambio brusco cuando llegamos a las Chinampas, la Venecia Americana, donde el re-

mero todavía conduce su canoa llena de flores y legumbres a los mercados de Xochimilco, Tláhuac, Mízquic, Tulyehualco y otras aldeas chinampanecas. De aquí en adelante comenzamos a subir sobre una inmensa mole de piedra volcánica en la cual se destacan los cráteres del Teuhtli, Cuauhtzin, Chichinauhtzin y la cordillera del Ajusco. Enclavada entre el Teuhtli y el Cuauhtzin se encuentra Milpa Alta. Seguimos subiendo a cumbres elevadas hasta que nos encontramos en la tierra fría, entre bosques de pinos, ocotes y cedros. Desde estos picos se extiende nuestra vista hacia el sur. El horizonte abarca la tierra caliente; allí están Tepoztlán, Cuernavaca, Cuautla y a lo lejos, las montañas del estado de Guerrero.

Todos estos cuatro mundos —la ciudad cosmopolita, las aldeas lacustres, la zona montañosa de los cráteres y la tierra caliente— aparecerán en nuestra historia.

Debido a su posición geográfica especial, Milpa Alta tuvo un papel extraordinario en la revolución de 1910. Sufrió de manera exagerada las contiendas sanguinarias entre el zapatismo y los gobiernos y partidos que dominaron a la ciudad de México. En estas páginas quedan las sombras de Porfirio Díaz, de Justo Sierra, de Emiliano Zapata y de miles de guerreros muertos, desde los nahuas de Morelos y Guerrero hasta los yaquis de Sonora.

Durante varios años, después de 1916, el pueblo de que tratamos quedó totalmente abandonado. Las casas fueron destruidas, los habitantes murieron o huyeron, las yerbas cubrieron las calles y, según nuestra informante, hasta un par de ánimas errantes llegó a vivir en las ruinas de un pueblo que había conocido la vida y la muerte.

Una de las sobrevivientes de la catástrofe que arrasó a Milpa Alta en 1916 fue una indígena llamada Luz Jiménez. Tuve la suerte de conocer a doña Luz en casa del antropólogo y mexicano Roberto H. Barlow, en 1948, donde ella dictaba una serie de textos en náhuatl. Hoy día se conservan varios textos en el Archivo Barlow de la Universidad de las Américas, en la ciudad de México. Después de esta fecha fue mi fiel informante durante muchos años para mi curso de náhuatl en dicha institución.

Doña Luz Jiménez nació en el pueblo de Milpa Alta durante la última década del siglo XIX, y antes de los diez años anhelaba ir a la escuela. Después, como veremos, sintió un interés vivo en convertirse en profesora titulada de "futuras generaciones de maestros, sacerdotes y licenciados". Ésta fue su gran ambición, que nunca se realizó.

Su casa, su iglesia y —ante todo— su escuela quedaron grabadas en su memoria con cariño y gratitud. Fue casada y tuvo hijos, pero poco habló de su vida matrimonial. En cambio se refirió mucho a su madre, la cual murió en Milpa Alta en 1960, a los ciento dos años.

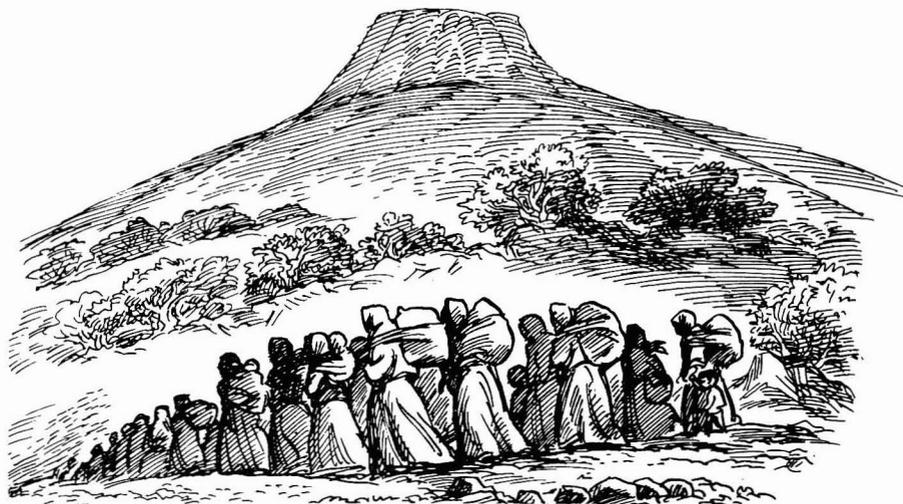
Entre 1911 y 1916 la familia de doña Luz sufrió las vicisitudes de la guerra entre la capital y el estado de Morelos, cuando su



Luz Jiménez pintada por Diego Rivera.

Palacio Nacional.

u1



pueblo mesoamericano se vio invadido por las fuerzas del norte. Vio los cadáveres de su padre y de casi todos sus parientes varones frente a la parroquia en la hecatombe de 1915; presenció los intentos de profanación contra "Nuestra Madrecita", la patrona del pueblo, y contra el terrible San Mateo. Y, por fin, fue parte del éxodo nocturno hacia México cuando quedó abandonado el pueblo. Su familia volvió después de la muerte de Zapata, por 1919.

Durante el renacimiento de la pintura mural mexicana, por 1930, doña Luz sirvió de modelo a varios famosos artistas, Diego Rivera y Charlot entre ellos. Su imagen quedó grabada en los muros de la Secretaría de Educación, del anfiteatro de la Escuela Nacional Preparatoria y del Palacio Nacional.

Pasó sus últimos cinco años en la ciudad de México con su hija y sus nietos, aunque conservaba su antigua casa de Milpa Alta. Murió accidentalmente en la ciudad de México en 1965 y fue enterrada en el Panteón de Iztapalapa. En algunos aspectos nuestro trabajo ha quedado trunco por su sentida desaparición.

Hace tres años concebí la idea de que doña Luz me dedicara varias horas de su semana a relatarme sus recuerdos en idioma náhuatl. Son estos relatos los que forman este libro, que se hizo posible gracias al Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Fue doña Luz una persona dulce, sencilla, paciente con los "caxtilantlacame" (los no-indígenas) que luchaban por aprender su idioma. Nunca fue exaltada en opiniones personales, a pesar de lo cruento de su historia. Fue poco especulativa en cuanto a raíces históricas y a fechas. Hablaba igualmente bien el mexicano y el español. Todas sus narraciones daban señales de fidelidad, ya que nunca hallé incongruencias serias entre una entrevista y otra.

Curiosamente los héroes de doña Luz son Porfirio Díaz, Justo Sierra y Emiliano Zapata. Nunca conoció a los primeros dos, pero sí al tercero. Porfirio Díaz fue "nuestro padrecito en México", el que le había dado la forma "correcta" de vivir al pueblo, inaugurando una era desconocida hasta entonces. Justo Sierra era símbolo de su futura misión como educadora. Gracias a él aprendió a leer y escribir. Emiliano Zapata era "el único de los revolucionarios que buscaba el bien de la gente humilde", "el primero que nos vino a hablar en nuestro idioma mexicano". Por disímbolos que parezcan estos tres, si cada uno de nosotros hiciera la lista de nuestros tres héroes, tal vez resultara el trío aun más fantástico que el de doña Luz.

Antes y después de nuestras entrevistas, doña Luz solía hacer comentarios en español sobre el tema o episodio que relataba. Debido a su muerte prematura no fue posible transcribirlos en náhuatl. Así es que aparecen en la traducción española entre corchetes con puntos intermedios [...]. F. H.

[Fragmentos de la introducción al libro que próximamente publicará el Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM. El título es de la redacción.]

## El pueblo que yo recuerdo

Allá en mi casa, en Milpa Alta, los hombres trabajaban y las mujeres hacen tortillas, hacen comida. Así es que cuando llega el hombre y tiene hambre, toda la comida lo está esperando. Así es como viven los de mi pueblo.

Mientras los hombres van a trabajar, también las mujeres se van a comprar a la plaza, adonde se vende carne, frijoles, maíz —todo lo necesario—, leña, carbón, fruta; todo lo que se les ofrece a las mujeres en casa. Cuando vuelven las mujeres de la plaza ponen la comida en la lumbre y se cuece. Traen el agua en unos jarros grandes o en botes, y si ya llegó el marido corre la mujer a comprar el pulque.

Así es que, maestro, le voy a contar unas palabras acerca de mi pueblo y de mi vida.

Momochco Malacatetipac mi pueblo, se llama Milpa Alta en español, o la Asunción Milpa Alta, y está entre los cerros del Cuauhtzin y del Teuhtli. . .

## El Teuhtli y el Iztaccíhuatl

Se cuentan cosas sobre el Cerro del Teuhtli y sobre todos los cerros que nos rodean allá en el pueblo de Milpa Alta. Nos contaban nuestros abuelos que el Teuhtli, hablando de cerros, era el más importante. Allá se formaban los grandes hombres, maravillosos: los curanderos, que se dicen, que se llaman sabios. Cuando alguien se enferma, se dice "Vamos a limpiarnos con yerbas o con huevos." Allá van a arrojar los huevos o yerbas, con la piedra que se llama jade; allá donde está el Teuhtli.

Y todos estos cerros se comunican unos con otros hasta Cuernavaca. Hay un camino debajo del Teuhtli y va a llegar hasta Cuernavaca. Allá hay otro gran sabio: el gran señor Tepozteco, el que está al otro lado, junto a tierras de Tepoztlán. Este señor también es un gran sabio. Mucha gente de Milpa Alta va a vender leña a Tepoztlán. Luego vuelven; allá están con el gran sabio: el Tepozteco.

Luego está el Popocatepetl; también es un gran señor. Allá está durmiendo y su esposa está a sus pies. Se llama la "Mujer Blanca" o "Mariquita".

Cuentan que a esta Mujer Blanca la mandaban a cuidar borregos; cuidaba toros, borregos, caballos. Servía de pastora. Era mujer noble, buena muchacha, maravillosa, bella; la carita de esta muchacha era preciosa.

Este señor, el Popocatepetl, le propuso matrimonio. Pero luego dijo la Mujer Blanca, "Ni tú, ni nadie; me voy a dormir. Tú me cuidarás." Y parece que se quedó dormida. Se acostó la Doncella Montaña a dormir y el Monte de Humo la está cuidando.

Quando se dieron cuenta ya estaba allí un sacerdote.

"¡Mariquita, Mariquita!" dice el sacerdote, "¡Levántate, levántate! ¿Qué haces? ¿Por qué estás dormida?"

"Yo no me he de levantar", contestó Mariquita. "Aquí es mi

casa. Ahora levántenme si son tan fuertes. Mi marido, este gran señor, quiso que aquí me quedara dormida y aquí dormiré. Cuidaré todas las tierras. Desde aquí tendré cuidado de lo que beben, de lo que han de comer y todos se tendrán que encontrar con el Teutli. Por allí están todos los borregueros, los que me cuidaron y ahora cuidan a los borregos. Cuando comienza a venir la lluvia, cuando viene el granizo, a estos borregos se les llama "borregos sabios".

### La escuela

Por esos tiempos casi nadie quería mandar a sus hijos a la escuela porque no podían vestir bien. Vivían sucios en sus casas, andrajosos; andaban jugando los niños por la calle o andaban por las milpas.

En una casa había una buena señorita que sabía leer, leer papeles. Enseñaba en su casa. Los padres querían que se les enseñara a leer a sus hijos; pagaban un real por cada niño o niña que estudiaba.

Se llamaba Mariquita; su marido se llamaba Mauro Melo. También enseñaba a los niños. En esa escuela fue donde aprendí a conocer una, dos, tres letras y también a escribir y a leer.

Mi madre después me platicó cómo yo lloraba porque quería entrar a la escuela; todavía no había muchos profesores.

Mi madre me tomaba de la mano e íbamos a la plaza. Pero, como pasábamos frente a la casa de la profesora veíamos cómo

jugaban los niños o a veces estudiaban. Yo lloraba; quería entrar para estudiar también. Lloraba mucho porque quería saber lo que decían los papeles, los escritos. No era yo grande; tenía siete años. Mi madre no quería que yo fuera a la escuela porque era chica y me fueran a tirar al suelo los niños. Pero mi padre y mi madre, como lloraba, no tardaron en llevarme con la señorita que daba clases.

Cuando ya era grandecita mis padres me llevaron a la escuela grande. No querían recibirme para instruirme.

"A esta pequeña niña", dijo el inspector, "llévenla a su casa y en un año me la traen. Entonces ya la recibiremos; que crezca más. Si no, estará llorando aquí."

"Buen señor", le dijo mi madre al inspector, "le suplico mucho que se quede mi niña. Le gusta mucho aprender. Ya conoce algunas letras."

"¿Cómo va a saber?", dijo el inspector. "Si todavía está muy pequeña; todavía no es grande. Ustedes quieren que reciba a su hija. Oigan: si recibimos a su hija, la dejarán ustedes aquí a las ocho. Tocarán la campana y tendrá que estar adentro o donde estén todas las niñas; y vendrán ustedes por ella a mediodía. Otra vez vendrá a las dos y media. No piensen que sólo en la mañana va a estudiar. ¿Qué dicen? ¿Aceptan o no?"

Mi padre y mi madre dijeron que así se haría. "Vendremos a dejarla temprano y vendremos por ella para que coma, y luego vendrá a estudiar en la tarde."

"¿Cuánto se va a pagar?" preguntaron mis padres.





“Nada”, contestó el inspector. “No pagarán las criaturas para que se les enseñe.”

Luego preguntaron “¿Qué traeremos para que escriba, qué libro, qué más pide usted que traiga mi hija mañana?”

Así contestó el inspector, “No, no se pagará nada. Si es cierto que tiene tantas ganas de aprender, aquí le daremos papel y todo lo que necesite. Aquí le enseñaremos a leer; en la tarde le enseñaremos a coser, a cortar y muchas otras cosas curiosas. Eso sí, que venga limpia su ropa, su cabeza. Que no traiga animalitos y que traiga zapatos; que no venga descalza. Así aprenderán a vivir bien cuando sean grandes.”

Pasó el año y pasé a lo que se llama segundo año de enseñanza.

Así es cómo me dieron instrucciones mis padres.

Por el año llamado de 1908 entré a la escuela llamada Concepción Arenal de Milpa Alta [que estaba en una casa del pueblo]. Allí vivían en el primer piso el director y el inspector. El director se llamaba Lucio Tapia y el inspector se apellidaba Guzmán.

Abrían temprano la escuela. Cuando comencé a estudiar los maestros llegaban allá a Milpa Alta como a las nueve o nueve y media de la mañana. Poco tiempo después se decidió que, ya que este plantel era grande, se les arreglaran cuartos donde pudieran vivir los maestros. Cada uno tenía su cuarto.

Ya para entonces todos los niños tenían que estar frente a la escuela como a las siete y media de la mañana, cuando sonaba la campana. Entonces los niños corrían todos para tomar su lugar.

Para entonces los padres estaban contentos y decían, “Así muy pronto llegarán los niños. Si aprenden bien, buenos hijos saldrán de esta escuela.”

Y se decían los padres, “¿No querrá usted que su hijo o su hija enseñe aquí también?”

“¿Cómo no!” decían, “¡me gustaría!”

Estudiábamos dos veces al día y la que no llevara sus zapatos brillosos, sin bañarse, o sin peinar, la mandaban a la escuela de los muchachos. Allí les lavaban los pies, las peinaban y le hacían brillar los zapatos con lo que llamaban “bola”. Con un trapo los brillaban hasta que estuvieran brillantes. Así es como nos enseñaron a vivir correctamente. Daba vergüenza que los muchachos le peinaran y lavaran a una la cabeza. Las llevaban a la escuela de Concepción Arenal otra vez.

Era el año de 1908 y así nos enseñaban a vivir bien.

Allí en Milpa Alta no había agua. Iban algunas personas a lavar a Nochcalco. También iban a lavar a San Gregorio Atlapulco: otros a Tecómitl. Así es como nos tenían limpios. El padre se levantaba como a las cuatro de la mañana y con un caballo y un cuero, se iba a traer el agua allá a Nochcalco. Esa agua era para tomar y para cocinar. Así se resolvieron los trabajos.

De nuestras maestras, ninguna quería quedarse a residir en Milpa Alta. No había casas qué rentarles: no había pan. Ni

quién sirviera [de criado]. Ninguno de los maestros se quería quedar. Así es que, tal como se había pensado, alquilaron casas. Para entonces comenzaron a quedarse en Milpa Alta [los maestros].

Decidieron el prefecto y el inspector apresar a todos los hombres, tuvieran hijos o no. Los hombres tendrían que estar encerrados para que los interrogaran y ellos contestaran con toda sinceridad. Les preguntaban si iban a enviar a sus hijos a la escuela. El que contestaba que sí mandaría a sus hijos a la escuela lo soltaban. Y al que decía que no tenía hijos lo encerraban un mes. Y les preguntaban, “¿Cuántos niños tienen ustedes? ¿Los van a mandar a la escuela?” Algunos respondían “No tengo hijos; sólo hermanos y hermanas.” “¡Pues dile a tu padre que los mande a la escuela! ¡No tendrán que pagar nada!”

En esa época era Secretario de Educación el señor Justo Sierra. Daba libros para que estudiaran los niños y papel para que escribieran. No se compraba nada [para la escuela en esos tiempos]; todo lo daban en la escuela y sólo exigían que fueran limpios los niños. Los de primer año, segundo, tercero y cuarto sólo aprendían a contar y cantar. Los de quinto y sexto estudiábamos en libros, y si eran niñas se les enseñaba a cortar, bordar ropa bonita en la máquina. También nos enseñaban a dibujar en papel. Nuestros maestros también nos enseñaban a hacer pan.

### El centenario

Había zapateros en Milpa Alta. Uno era del barrio de San Mateo; el otro nació en San Juan Iztayopan, pero se casó con una buena muchacha, de San Mateo también. Todo lo sabían hacer. Estos señores hacían zapatos y no cobraban caro. Avisaban para que dentro de una semana fueran a recoger los zapatos. Eran preciosos zapatos; ahora les dicen choclos. También había otros zapatos bonitos: llevaban botones desde abajo hasta arriba. También había otros que adornaban. En mexicano les decían *zayoltoton* de *tepoztlí* (mosquitas de metal) y también llevaban botones desde abajo hasta arriba. También había botas con agujetas se veían muy hermosas.

Estos zapateros trabajaron mucho porque tuvieron que servir a los pequeñitos y a sus padres, que ya se habían enseñado a obedecer. Empezaron los zapateros a hacerlos desde el mes de mayo y para cuando llegó el día dieciséis de septiembre todos los niños ya tenían sus zapatitos. Así nadie iría a la escuela ese día sin zapatos. Toda la gente estaba asustada porque si no obedecían los padres serían apresados por un mes o pagarían mucho dinero en la prefectura. Por esto todos se preocuparon por calzar a sus hijos.

“Este día”, dijo el inspector a los padres y a los niños, “recordarán ustedes que se cumple el siglo que ya no somos esclavos de los blancos que se llamaban españoles. Cuentan nuestros abuelos que los blancos calentaban fierros y quemaban a los indios o mexicanos. Por lo mismo quiero que ustedes y todos los niños recuerden en sus corazones lo que sufrieron nuestros abuelos. Mu-



cho significa el dieciséis de septiembre. ¡Se cumple un siglo que terminó la guerra!”

“Por eso queremos que los pequeños aprendan una canción muy hermosa la cual ha de agradarles el corazón ese día. Por eso queremos que vengan las niñas vestidas de blanco y que lleven terciado un listón de los colores de la bandera. Los jovencitos traerán pantalones blancos y camisas blancas también. En el brazo traerán un listón como la bandera. Y cantarán la canción. ¡Porque ése es el día en que cumple México cien años!”

“También nuestro padre el presidente Porfirio Díaz y el gran señor Justo Sierra nos van a obsequiar medallas que lleven escrito ‘El Centenario’.”

“Todos tendrán que estudiar la canción dos o tres meses. Les suplico mucho que nadie falte ni un solo día. Así resultará bien la canción. Nadie se equivocará, nadie cometerá una falta, y saldrá bien la canción.”

Luego llegó el día en que los niños platicaban en la escuela:

“¿Ya te terminaron los zapatos?”

“Ya están allá mis zapatos.”

Gritaban todos los niños y nosotras también, “¡Ya están nuestros vestidos, zapatos y medias!”

Todos nuestros padres se prepararon. “Ya no nos falta nada; ya viene el dieciséis de septiembre.”

Se acordaban los niños de lo que les habían dicho a sus padres: “¡Si no obedecen, los apresaremos!”

“Ya nomás faltan ocho días para vestirnos de ropa nueva. ¡Todo, todo nuevo! No va a haber nada roto ni harapiiento. Y todavía nos falta lo que nos van a regalar en la escuela.”

Llegó también la ropa que mandó Justo Sierra en un carro. Tenían escritos los nombres de los niños pobres en un papel y lo que les iban a regalar. Cuando llegó el día les dieron sus camisas y vestidos.

En México el buen señor Presidente y el Secretario tal vez pensaban que nadie iba a obedecer y mandaron ropa y zapatos. Muchos niños ya no necesitaban ropa de la que mandó el Secretario, ya que casi todos los padres habían obedecido.

Yo, Luz, estaba en el año cinco de estudios, el que ahora llaman “quinto año”. Me regalaron mis zapatos, vestido y blusa porque mis padres también eran muy pobres.

Llegó el dieciséis de septiembre. Llegaron los niños a la escuela. Todos los jovencitos y doncellas llegaron a la escuela con los zapatos que les rechinaban. Y llegó la ropa que les iban a dar a los hijos de los pobres. El día dieciséis todo el pueblo rodeó la bandera y delante de la bandera cantaron los niños. Y entonces repartieron diplomas a los que habían pasado de año.

Y como ya estaban escritos sus nombres, el inspector tomó el papel y fue llamando el nombre de la niña o del niño. Subían en una plataforma de madera. Subían y se les seguía nombrando. Subían los niños; de cuatro en cuatro tenían que subir y bajar por el otro lado. De nuevo volvían a nombrar niños y niñas. Subían a la plataforma y les daban su ropa, tal como estaba escrito en el papel.

A muchos les dieron zapatos, es decir, a los que no traían zapatos. Allí les pusieron sus zapatos. Y si les tenían que dar ropa, también los vestían.

Como se vio que había muchos niños que rodeaban la escuela de Milpa Alta, bajaron los escolares desde Topilejo, San Pablo Oztotepec, San Pedro Atocpan, Santa Ana Tlacotenco, San Lorenzo Tlacoyuca, San Francisco Tecozpa, San Jerónimo Miactlan y San Juan Tepeñahuac. Todas estas criaturas hacían gran alboroto en Milpa Alta.

Ya para entonces los grandes señores no les ponían la ropa a los niños sólo [les daban] lo que les tocaba: sus faldas, sus camisas y sus zapatos. Pero como eran muchos los niños pensaron el inspector y las autoridades ya no tenerlos de pie porque iban a hablar todos los señores y eran discursos largos.

Y se dijo:

“¡Bandera de México, oh bandera! Bandera verde, blanca y roja. ¡Bandera de México!”

En este día, en este mes y en este año cumples cien años.

Ellos, los indios, recuerdan la sangre que se regó hace un siglo, cuando nuestro padre Hidalgo nos libertó de las plantas de los españoles o gente de piel blanca.

Te damos todo nuestro corazón para seguir juntos para siempre y te rodearemos como a una amante y pura madre para que México gane las victorias y para que nadie nos venga a pisotear”...

### Los hombres del sur

No tronó el cielo para avisarnos que venía la tempestad. No sabíamos de la tormenta ni de los malvados hombres.

Un día se oyeron balazos entre el Teuhtli y el Cuauhtzin. Se nos dijo que eran los federales que peleaban contra los hombres de Morelos. Se oían los balazos. Era la primera vez que escuchábamos esto y todo Milpa Alta temblaba.

Iba llegando más gente de Morelos; se decía que iban hacia Xochimilco. No sé por qué estaban contra el presidente Porfirio Díaz.

Estos hombres de Cuernavaca y Tepoztlán hablaban nuestro idioma. Eran campesinos y no sabíamos por qué los federales les tenían miedo.

Lo primero que supimos de la revolución fue que un día llegó [un gran señor Zapata de Morelos. Y se distinguía por su buen traje. Traía sombrero ancho, polainas y fue el primer gran hombre que nos habló en mexicano]. Cuando entró toda su gente traía ropa blanca: camisa blanca, calzón blanco y huaraches. Todos estos hombres hablaban el mexicano [casi igual que nosotros]. También el señor Zapata hablaba el mexicano. Cuando todos estos hombres entraron a Milpa Alta se entendía lo que decían. Estos zapatistas traían sus sombreros; cada uno traía el santo que más amaba en su sombrero, para que lo cuidara. Venían todos con un santo, en el sombrero.

El señor Zapata se puso al frente de sus hombres y así le habló



a toda la gente de Milpa Alta, “¡Júntense conmigo! Yo me levanté; me levanté en armas y traigo a mis paisanos. Porque ya no queremos que nuestro padre Díaz nos cuide. Queremos un presidente mucho mejor. Levántense con nosotros porque no nos gusta lo que nos pagan los ricos. No nos basta para comer ni para vestirnos. También quiero que toda la gente tenga su terreno: así lo sembrará y cosechará maíz, frijolitos y otras semillas. ¿Qué dicen ustedes? ¿Se juntan con nosotros?”

No hubo quien contestara. Y pasaron los días. Establecieron el cuartel de Zapata y de Everardo González. Este señor se quedó aquí a cuidar a Milpa Alta.

Así era recibido el general Zapata. Hacían que todos los del pueblo fueran a encontrar al general. Iban muchos hombres y mujeres con flores y una banda para que tocara y tronaban los cohetes cuando entraba y se tocaba la diana.

Pasaron así varios meses y nuestro padre Porfirio Díaz y el secretario Justo Sierra no se preocupaban porque viniera la revolución. Sólo sentían cariño por todos los mexicanos. Donde había cuatro niños se les regalaba ropa. Y si era mujercita le daban su blusa y su falda; y si era niño le daban camisa y pantalón.

Tal vez pensaban los señores Díaz y Sierra, “Así se darán cuenta los padres y las madres cómo educar a sus hijos y así mandarlos a la escuela.”

Se volvió una realidad lo que pensaron los buenos señores; así obedeció toda la gente.

Ya también se anunciaba que por Chihuahua se estaban levantando Madero, Carranza y Obregón. Por el sur, digamos por Cuernavaca, también se anunciaba otra revolución. No se sabía quién la encabezaba.

### El lugarteniente de Zapata

Este señor Everardo, el general de Zapata, diremos, mandaba a todo el pueblo para que todos regalaran tortillas, agua y comida para los animales. Y tenía cada barrio que llevarla al cuartel. Todos obedecían. En la mañana, en la tarde, llevaban comida para los zapatistas y para los animales. En estos días se llevaron lejos a don Abraham Monterola. Ya nunca se supo de él, si lo mataron. También a un señor llamado Juan Bastida se lo llevaron. Ya nunca se supo dónde quedaron.

Este señor Everardo llamaba a los hombres ricos y les decía “Tú nos das dinero; si no, te matamos.”

Un señor que era mi tío me platicó de cómo le dijo don Everardo: “Nos darás dinero o te tronchamos la cabeza.” Mi tío contestó: “No tengo dinero porque mi esposa y mis hijos ya subieron para Tepoztlán. Muchos hombres y mujeres se han ido para Tepoztlán y Amantla. Todo el dinero se lo llevaron para poder comer ya que no conocen a nadie allá en Tepoztlán.”

Entonces dijo el señor Everardo: “No te voy a matar porque tú has dicho la verdad.” Y también mi madre fue a suplicarle

a don Everardo que no lo mataran porque tenía muchos hijos. Don Everardo no mató a mi tío Regino. Nomás lo puso a cuidar a un general muerto. No se supo quién lo mató y le fueron a avisar a don Everardo que estaba tirado en el suelo el general. Tenía su reloj de oro. Le dijeron a mi tío, “Si alguien se lo quita, tú morirás.” Y mi tío veló al general muerto.

Un día bajaron los zapatistas y quemaron la prefectura y el juzgado civil y algunas casas. Una de estas casas era de un señor rico llamado Luis Sevilla. Le quemaron su casa; se sentía en el corazón cómo tronaban el maíz, las habas, los frijoles y los animales, que también se asaron en esa casa. Al otro día bajaron los zapatistas al pueblo y agarraron a los hombres para que les fueran a dar de comer a los caballos y para que les dieran agua. Eso es lo que hacían los zapatistas.

Cuando entraron los zapatistas, entraron a matar. Mataban a los ricos porque les pedían mucho dinero y no lo entregaban. Entonces se llevaban a los señores y los mataban por el monte. También se robaban a las doncellas. Se decía que se las llevaban al monte y allí las violaban. Nunca más volvían al lado de sus padres. Desaparecerían en el monte. Nunca se supo si las devoraba algún animal feroz o si las mataban y sepultaban.

### La tempestad

Ya por estos tiempos empezaron a entrar allá en Milpa Alta ciertas personas llamadas otomíes y zapotecos. Las mujeres iban con sus maridos. Los hombres venían con los zapatistas. Hablaban lo que se llamaba otomí y algunas de las mujeres hablaban el zapoteco. A la tortilla le llamaban “chúzcuta”. Se hablaban otros idiomas. Yo no entendía nada de lo que querían decir estas palabras. Cuando andaban los zapatistas se oían lenguas diferentes. Oíamos que platicaban; se hablaban, pero sólo Dios Nuestro Señor sabía lo que decían.

Estas mujeres y sus maridos venían como parte del zapatismo y tenían su trabajo aparte: los hombres y las mujeres se cargaban sus ollas y niños y se subían al monte. Iban a sacar raíz de ocote. Y se puede decir que éstos fueron los que nos enseñaron los usos de la raíz de ocote. Llevaban los hombres sus carabinas porque andaban con Zapata. [Cazaban conejos y las mujeres los iban a vender a México. Eran muy vivos los otomíes para estas cosas.]

También llevaban fruta, chile verde y cebollas. Por esa época la gente de Milpa Alta no se ocupaba mucho del comercio en el mercado. Eran vergonzosos los del pueblo.

Estas mujeres se ponían su camisa, su falda enredada y su *quechquemil* y se iban a comerciar a la plaza. Con su rebozo hacían como una rueda y se la echaban a la cabeza. Les servía como sombra la rosca del rebozo.

Entonces los zapatistas entraron al pueblo de Amilco. Arrojaron muchas bombas con ametralladoras y así tumbaron dos escuelas. Entonces quedaron sepultados muchos federales cuando cayeron los edificios. Una de estas escuelas se llamaba Con-

cepción Arenal y la de los varones ya no recuerdo cómo se llamaba. En esta escuela quedaron apachurrados muchos federales junto con sus soldaderas [en el mismo salón de clase donde yo había aprendido tanto]

También quemaron mi casa los zapatistas porque yo vivía junto al cuartel de los federales. En esos días los zapatistas mataron a federales como quien deja piedras regadas.

Sucedía que si alguien quería pasar tenía que hacerlo sobre cadáveres. Murió mucha gente del pueblo, ya que disparaban a lo tonto. A una señorita que estaba en el tapanco de su propia casa, allí le tocó el balazo y en seguida murió. Así murieron muchos más.

Ya no quedó ni un federal por las calles. Para entonces los zapatistas se habían posesionado del cerro del Teuhtli. Corrieron los federales hacia San Gregorio y Xochimilco, hasta llegar a Churubusco.

Todavía ni se hablaba de que llegaran los carrancistas.

Yo tenía catorce años y me asusté junto con todo el pueblo



porque se balaceaban mucho los hombres. En el cerro del Teuhtli, en Tijeras y en Ocpayoca se formaban los zapatistas. En el pueblo de Milpa Alta habitaban los federales. Éstos estaban allí y se les decía federales cuando don Porfirio Díaz fue gobernante.

Entonces, desde esos tres cerros, los zapatistas rodearon a los federales. Los correataron por el monte. Unos se fueron hacia San Pedro Oztotepec. Llegaron al cerro llamado el Cuauhtzin. Allí se afilaron muchos zapatistas; estaban escondidos en los cerros. Entonces vieron pasar a los federales. Los zapatistas comenzaron a disparar. Allí se acabaron los federales que eran muchos. Se escaparon tres o cuatro federales. Llegaron a Milpa Alta y ya había llegado el refuerzo de la capital.

Otra vez se oyó en el pueblo que ya se habían reunido los zapatistas. Y entonces se formaron muy temprano para provocar a los federales. Disparaban también; respondían con balazos. Así estuvieron unos tres o cuatro meses. Sólo nos asustaban.

#### Los hombres del norte

[¡Ay maestro, si usted supiera lo que pasó cuando Zapata nos abandonó! El pueblo de Milpa Alta no se lo sabrá perdonar. A la siguiente semana comenzaron a llegar estos hombres, unos traían aretes, otros traían un gran anillo de oro en la nariz. Hablaban castellano, creo, pero casi no les entendíamos nada. Hablaban con acentos muy toscos. ¡Eran los carrancistas!]

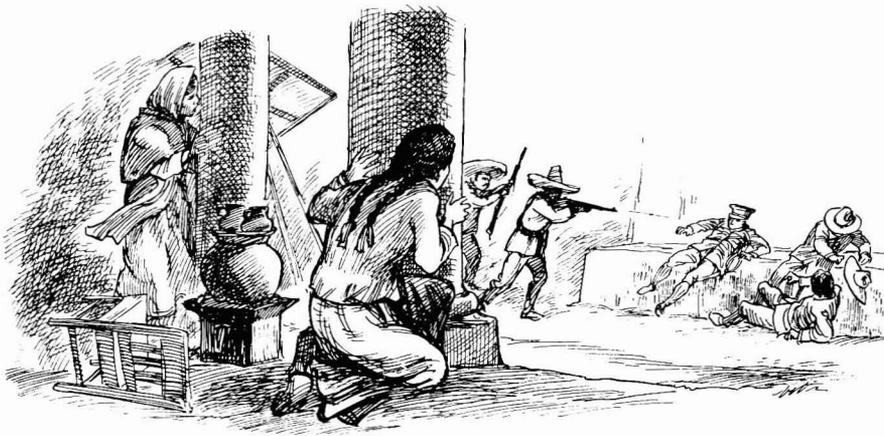
Había hombres llamados zapatistas, otros carrancistas y otros villistas. Estos tres grupos entraban allá en Milpa Alta. Tiraban de balazos a lo tonto. Allá en el pueblo se asustaban los hombres las mujeres y los niños, ya que nadie sabía, qué hombres iban a entrar.

Comenzaron a llegar los carrancistas al pueblo. De nuevo se balacearon carrancistas y zapatistas. Hicieron correr a los zapatistas hacia el monte, por todo el camino de Santa Ana y San Lorenzo. Se veía como humareda. No hubo muertos ni de parte de Carranza ni de Zapata.

Sólo los del pueblo murieron —los que se iban temprano al campo— esos fueron muertos. Un *tlachiquero* con su aguamiel, uno que se fue a recoger yerbas y un leñador: ¡esos son los que cogió la muerte en el camino!

Al principio los carrancistas parecían buenas personas. Platicaban con la gente y tocaban en las puertas de las casas. Uno salía y le decían “¡Así nos gusta! No huyan de aquí. Enciérrense en sus casas. Dentro de las casas no les pasará nada.” Y nadie huyó.

Estos carrancistas no eran tan buenos; eran malvados. Eran capaces de todo. Entraban en las casas. Robaban gallinas, puercos, comida. Si estaba uno comiendo, se llevaban toda la comida, tortillas, trastes. Así es que los dueños de la casa ya no tenían qué comer. Si veían un jarro mocho lo tomaban y se lo metían dentro de la bolsa. Si un hombre o una mujer llevaban buena ropa se la quitaban.



Entonces huyeron hacia los montes los zapatistas. Dejaron en el pueblo a los carrancistas. Como a las nueve de la noche bajaron otra vez los zapatistas y corretearon a los carrancistas. Llegaron hasta San Gregorio Atlapulco los carrancistas, hasta Xochimilco. Así estuvieron bastante tiempo. Llegaban los carrancistas, balaceaban; los zapatistas contestaban también con balas. Un día entraron los carrancistas y los zapatistas huyeron otra vez.

Cuando estuvo allí Carranza y la tropa de Amaro tenían allí su cuartel. No sabemos por qué motivo le pusieron a esta calle "El Espinazo". Este camino salía por el Teuhtli y allí se agarraban a balazos los carrancistas con los zapatistas. En esta calle alcanzaron a los soldados que tal vez no podían correr; estaban enojados por que ya les llegaban los zapatistas. Y decían los carrancistas "¡No podemos correr por ese rumbo! ¡Parece el espinazo de Satanás! Y aquí nos agarrarán y nos matarán porque este camino está muy empinado."

Los carrancistas sacaban los ornamentos de las iglesias y se los ponían. Cuando querían andar vestidos de estas vestimentas les pasaba algo grave y se caían los carrancistas del altar. Otros bajaban a los santos del altar para jugar con ellos. Pero amanecían muertos.

El santo de mi barrio, el santo llamado San Mateo, azotaba muy duro. Cuando entraron los carrancistas dizque lo iban a desnudar de todas sus vestiduras.

Un hombre de Milpa Alta estaba parado en la iglesia con otros hombres del pueblo. Estaban parados viendo lo que iban a hacer los carrancistas.

"Este endemoniado carrancista" dijo el hombre del barrio "ya se subió adonde está San Mateo. Quiere ponerse su manto. ¡También las ropas de San Marcos, hijo de Mateo!"

Cuando oyeron estas palabras los hombres del pueblo le dijeron: "No te preocupes; no pueden quitarle nada a San Mateo. Al que lo llegue a tocar lo matará."

"¿Cómo va a matar?" dijo un carrancista, "cómo va a pegar o a dar de balazos".

"Les va a dar una enfermedad que se llama calentura", dijeron los del pueblo. "Ni andando de cabeza se les quitará. ¡Es muy milagroso!"

Y el carrancista bajó la capa de San Mateo. Empezó a hacerla pedazos y luego le empezó la fiebre. El otro carrancista que estaba abajo decía "¡Yo no te hago nada, Mateo! ¡Ni tampoco te rompo tus vestiduras! Por lo tanto te ruego que no me vayas a dar la fiebre. Yo creo que eres muy milagroso. Yo no lo quería creer. Ahora lo he visto con mis ojos como le diste la enfermedad a mi compañero carrancista. A ese le diste la fiebre."

Duró como quince días el enfermo. Temblaba y no le servía ningún remedio. Y como había guerra no curaban los curanderos. Así murió el carrancista.

Llegó un día en que cierto carrancista quiso bajar a Nuestra Madre de la Asunción, [la patrona del pueblo]. Llamó a otros hombres para que le ayudaran a bajar a Nuestra Madre. Ella

cuida a nuestro pueblo y está puesta en alto. Cuando hay alguna fiesta la bajan unos veinte hombres y la amarran con fajas labradas muy fuertes para que no revienten. Y los carrancistas dijeron "Bajaremos a esta señora, le quitaremos su corona, sus arracadas y sus ropas." No sabían que Nuestra Madre era tan pesada.

Sólo un carrancista subió y se dio cuenta que estaba muy pesada. Llamó a otros. Subieron cuatro y eran ya cinco. Dizque iban a desnudar a Nuestra Madre. Pero se tropezaron en el altar y se vinieron rodando. Uno se lastimó un pie; otro se quebró un brazo y el que había subido primero se desbarató la cabeza.

Los que vieron esto les contaron a otros por qué se enfermaban y por qué se lastimaban. Con esto jamás volvieron a hacer maldades dentro de la iglesia. Y entonces se arrodillaban para rezar.

Otros carrancistas querían hacer caballeriza de la iglesia y metieron a los caballos a la iglesia. Pero como ya les habían pasado muchas cosas, otros decían "No los metan dentro de la iglesia; no les vaya a pasar algo a ustedes." Y luego sacaron a los caballos de la iglesia. Estuvieron en el atrio: lo volvieron caballeriza.

### El retorno a Milpa Alta

Cuando huimos y cuando huyeron los zapatistas de nuestro pueblo se quedó solo Milpa Alta. Se quedaron las gallinas, los perros, los gatos, los puercos y los caballos. Como no pudimos cargarlos allí se quedaron.

Regresamos como a los cuatro años a nuestro pueblo. Toda la gente fue con corazón a ver lo que había tenido: tierras, milpas, casas.

Llegaron al pueblo. ¡Las milpas se habían vuelto bosques! Habían crecido varios árboles: tepozanes, pirúes y capulines. Se habían multiplicado. Los que fueron primero platicaban de las serpientes que colgaban de las ramas de los árboles. Cuando volvieron a vivir allí tumbaron los árboles. De esa manera volvieron a habitar. Dentro de tres o cuatro años más gente se fue a vivir allá.

Antes sólo había casas retiradas, y se asustaba la gente con "¡Ya vienen los zapatistas!" o "¡Ya vienen los carrancista!" Eso ya se acabó.

[Parece que dos espantos se habían aprovechado de la soledad de las ruinas de Milpa Alta y allí vivían. Iban de casa en casa, a veces entraban en una, a veces en otra. Y cuando volvimos los espantos quedaron azorados y no sabían en qué casa meterse. Así es que de noche espantaban.] Eran un hombre y una mujer que se metían en las casas. Como a las siete de la noche todo el mundo se atrancaba en su casa.

Y hoy de nuevo trabajan los hombres del pueblo. Tienen hijos: licenciados, maestros y sacerdotes. Ya abrieron los ojos.

Aquí terminan mis palabras sobre Milpa Alta, el pueblo entre los cerros, entre el Teuhtli y el Cuauhtzin, entre México y Tepoztlán.